

Capítulo

1

Honradez, té y cosas de la cocina



ma* Ramotswe estaba sentada a solas en su cafetería preferida, la que había al final de Tlokweng Road en el exterior del centro comercial de Gaborone. Era sábado, su día favorito, un día donde podías elegir entre hacer muchas cosas o muy pocas; un día para almorzar con alguna amiga en el President Hotel o, como ahora, para estar a solas y cavilar sobre los acontecimientos de la semana y la situación en el mundo. Esta cafetería era, por varias razones, un buen sitio. En primer lugar por la vista, un bosquecillo de eucaliptos con un agradable follaje verde oscuro al que la brisa sacaba un susurro como de olas. O ése era, al menos, el sonido que Mma Ramotswe imaginaba que hacían las olas. Nunca había visto el mar, estaba muy lejos de Botswa-

* En setsuana, tratamiento de respeto para la mujer. El equivalente masculino es *Rra*.

na; para llegar, era preciso atravesar los desiertos de Namibia, con su arena roja y sus montañas secas. Pero podía imaginarlo cuando cerraba los ojos y escuchaba los eucaliptos mecidos por el viento. Quizá alguna vez lo vería, quizá pisaría la arena de la playa y dejaría que las olas mojaran sus pies al romper. Tal vez.

La otra ventaja de esta cafetería era que las mesas estaban en una glorieta al aire libre y siempre había algo que mirar. Aquella mañana, sin ir más lejos, había presenciado una pequeña discusión entre una adolescente y su novio —un intercambio de frases que no alcanzó a oír pero cuyo significado estaba bastante claro—, y luego había visto cómo una mujer arañaba la carrocería de otro coche al intentar aparcar. La mujer había frenado y, tras apearse apenas un momento para inspeccionar los desperfectos, había arrancado otra vez. Mma Ramotswe no se lo podía creer e incluso había hecho ademán de levantarse para protestar, pero el coche de la mujer se había perdido ya de vista al doblar la esquina, y ni siquiera tuvo tiempo de ver la matrícula.

Después de tomar asiento de nuevo, se había servido otra taza de té. Desde luego, no se trataba de que una cosa así no hubiese podido suceder en la Botswana de antes, pero sin duda alguna era mucho más probable que ocurriera hoy en día. Actualmente había muchas personas egoístas, gente a la que le importaba muy poco arañar un coche ajeno o tropezar con otras personas yendo por la calle. Mma Ramotswe sabía que esto pasaba cuando las ciudades crecían de tamaño y sus

habitantes se convertían en extraños los unos para los otros; como sabía también que ello era consecuencia de un aumento de la prosperidad, lo cual, paradójicamente, sólo parecía sacar a relucir la codicia y el egoísmo. Pero que uno conociera los motivos del fenómeno no lo hacía más fácil de soportar. Si el mundo quería volverse grosero, allá él, pero así no se hacían las cosas en Botswana, y ella siempre defendería la manera de hacer las cosas en la Botswana de antes.

La vida era mucho mejor, pensaba Mma Ramotswa, si sabíamos quiénes éramos. En sus tiempos de colegiala en Mochudi, el pueblo donde había nacido, todo el mundo sabía exactamente quién eras, y muchas veces sabían también quiénes eran tus padres, y los padres de tus padres. Cuando visitaba Mochudi, la gente le decía hola como si apenas hubiera estado ausente unas semanas; su presencia no necesitaba explicación alguna. E incluso aquí, en Gaborone, que tanto había crecido, todos sabían perfectamente quién era ella. Sabían que se llamaba Precious Ramotswa, que era la fundadora de la Primera Agencia de Mujeres Detectives de Botswana, que era hija del finado Obed Ramotswa y actualmente esposa (tras un noviazgo bastante prolongado) de ese muy gentil mecánico, el señor J. L. B. Matekoni, propietario de Speedy Motors en Tlokweng Road. Y algunos puede que supieran además que vivía en Zebra Drive, que tenía una diminuta furgoneta blanca y que su ayudante era una tal Grace Makutsi. De este modo, las ramificaciones se extendían sin solución

de continuidad, incrementando el número de datos conocidos. Algunos podían saber, por ejemplo, que Mma Makutsi tenía un hermano, Robert, ya fallecido; que había obtenido el hasta entonces insólito resultado de un noventa y siete por ciento en los exámenes finales de la Escuela de Secretariado de Botswana; y que, a raíz del éxito de la Academia Masculina Kalahari de Mecanografía, se había mudado recientemente a una casa mejor en Extension Two. Esta clase de conocimientos —los de la vida cotidiana de las personas— contribuía a la cohesión de la sociedad, dificultando que alguien pudiera arañar un coche ajeno sin sentirse culpable y sin hacer algo para que el dueño afectado tuviera conocimiento de ello. Claro que a la mujer egoísta que había arañado el coche en cuestión no parecía importarle nada de esto, pues se había marchado como si tal cosa.

Pero no tenía sentido clamar al cielo. La gente siempre había hecho eso —clamar al cielo, o encogerse de hombros—, pero así no se iba a ninguna parte. El mundo quizá había cambiado para peor en ciertos aspectos, pero en otros era un lugar mucho más habitable, y eso no había que olvidarlo. En unos sitios se apagaban las luces, pero en otros se encendían. Tomemos África, por ejemplo: había motivos de sobra para echarse las manos a la cabeza —corrupción, guerras civiles y todo eso—, pero en otros campos se había mejorado mucho. Antigamente había esclavitud —y los sufrimientos que eso conllevaba—, y existió también el *apartheid* en el país vecino, pero todo eso era agua pasada. Había habido ig-

norancia y analfabetismo, pero cada vez más personas aprendían a escribir y estudiaban en las universidades. Las mujeres habían padecido toda clase de servidumbres, mientras que ahora podían votar, expresarse, reivindicar una vida propia, aun cuando siguiera habiendo muchos hombres que no querían tales cosas. Era necesario recordar las cosas buenas que habían pasado.

Mma Ramotswe se llevó la taza a los labios y miró por encima del borde. En un extremo del aparcamiento, justo enfrente de la cafetería, acababa de montarse un mercadillo y los puestos rebosaban de color y mercancías. Observó a un hombre que trataba de convencer a una posible cliente para que le comprara unas gafas de sol. La mujer se probó unas cuantas, pero no parecía satisfecha, de modo que pasó al siguiente puesto. Señaló un pequeño brazalete de plata, y el comerciante, un hombre bajo de estatura tocado con un sombrero de fieltro de ala ancha, le pasó el brazalete para que se lo probara. Mma Ramotswe vio que la mujer extendía el brazo a fin de que el comerciante admirara su muñeca enjoyada, y el hombre asintió apreciativamente con la cabeza. Pero a la mujer no debió de agraderle el veredicto, pues devolvió el brazalete y señaló otro artículo situado al fondo del puesto. Y mientras el comerciante se daba la vuelta para alcanzar el objeto en cuestión, ella cogió otro brazalete y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta.

Mma Ramotswe se quedó de piedra. Esta vez no podía permanecer sentada y permitir que alguien delin-

quiera delante de sus propias narices. Si la gente no hacía nada, ¿cómo no iban a empeorar las cosas? Se puso de pie y empezó a caminar hacia el puesto, donde la mujer discutía ahora con el comerciante sobre los méritos de la mercancía que el hombre le estaba mostrando.

—Usted disculpe, Mma.

La voz sonó a su espalda, y Mma Ramotswe se volvió para ver quién le hablaba. Era la camarera, una joven a quien Mma Ramotswe no había visto antes en la cafetería.

—Sí, ¿qué ocurre?

La camarera la señaló con dedo acusador.

—No intente usted escaparse así como así —dijo—. La he visto. Trata de irse sin pagar. La he visto.

Por un momento, Mma Ramotswe se quedó sin habla. Era una acusación terrible, además de injustificada. Naturalmente, ella no tenía la menor intención de irse sin pagar; jamás habría hecho nada parecido. Lo único que pretendía era impedir que alguien cometiera un delito ante sus ojos.

Se repuso lo suficiente como para responder:

—Yo no trato de escaparme, Mma. Sólo estoy intentando impedir que esa persona de allá le robe a ese hombre. Después habría vuelto para pagar.

La camarera sonrió como dando a entender que ya se lo esperaba.

—Todos encuentran algún pretexto —dijo—. Cada día hay gente como usted. Vienen aquí, consumen y después se largan sin pagar. Son todos iguales...

Mma Ramotswe miró hacia el puesto del comerciante. La mujer había echado a andar, presumiblemente con el brazalete todavía escondido en el bolsillo. Ahora sería demasiado tarde para hacer algo, y todo por culpa de esa estúpida joven que la había interpretado mal.

Volvió a su mesa y se sentó.

—Tráigame la cuenta —dijo—. Pagaré ahora mismo.

La camarera se quedó mirándola.

—Le traeré la cuenta, pero tendré que añadir un extra para mí. No me queda otro remedio, a menos que quiera que llame a la policía y les cuente que usted intentaba escapar.

Mientras la joven iba a buscar la cuenta, Mma Ramotswe miró a su alrededor para ver si la gente de las mesas vecinas había presenciado la escena. En la mesa de al lado había una mujer acompañada de dos niños pequeños, tan entretenidos como contentos con sus grandes batidos de leche. La mujer sonrió a Mma Ramotswe y devolvió su atención a los niños. No ha visto nada, pensó Mma Ramotswe, pero entonces la mujer se inclinó sobre la mesa y le hizo este comentario:

—Mala suerte, Mma. En este sitio son muy rápidos. Es más fácil irse sin pagar de los hoteles.